

Ediciones de Iberoamericana



Contingencia y moral: el extranjero visto a través de la ficción

Susanne Hartwig (ed.)



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2022

Amor de Dios, 1 — E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22 - Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2022

Elisabethenstr. 3-9 — D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17 - Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com

www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-290-2 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-312-5 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-313-2 (e-Book)

Depósito Legal: M-14458-2022

Diseño de la cubierta: a.f. diseño y comunicación

Fotografía de cubierta: Dirk Bald

Impreso en España

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

ESTRATEGIAS DE ADAPTACIÓN DE UNA EXILIADA:
MITO E HISTORIA EN LA CREACIÓN LITERARIA
DE MARÍA TERESA LEÓN¹

FRANCISCA VILCHES-DE FRUTOS

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CCHS-ILLIA), Madrid

ABSTRACT:

During her long exile in Buenos Aires and Rome, cities where she lived after the end of the Spanish Civil War, María Teresa León (1903-1988) had to face the challenge of adapting to the great variety of political, social and gender traditions of the host countries. In this context, the complexity of the situations derived from her status as an exiled and foreign woman, and the uncertainty caused by the evolution of world politics prevented her from having a clear horizon of returning back to her country. In this process, which involved an adaptation to contingency, the writer made protagonists of some of her works historical figures, who, through time, became symbols of the values the exiles supported. Thus, these myths offer a political ethics based on the defence of justice, freedom, truth, loyalty, legitimacy and respect for diversity. Two of these characters, the Cid Campeador and his wife Jimena, recreated in *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954) and *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), allow us to deepen in the suggestive connections between fiction, history and myth.

¹ Este ensayo se inscribe en el marco del proyecto de investigación "Escrituras, imágenes y testimonio en las autoras hispánicas contemporáneas. II. Mitos e identidades" (MICINN, PGC2018-097453-B-100).

1. INTRODUCCIÓN

En su largo exilio en Buenos Aires (1940-1963) y Roma (1963-1977), ciudades donde residió tras el final de la Guerra Civil española, la escritora, directora de escena y gestora María Teresa León (1903-1988) tuvo que enfrentarse al reto de adaptarse a la diversidad de tradiciones políticas, sociales y de género de estos países de acogida, la complejidad de las situaciones derivadas de su condición de exiliada y extranjera, y la incertidumbre generada por la evolución de la política mundial que impedía albergar un horizonte claro de regreso a su país. Como tantos integrantes de esa “inteligencia peregrina” (Serrano Migallón 2010), la escritora burgalesa desarrolló distintas estrategias para informar sobre el conflicto bélico que había tenido lugar en España, justificar la respuesta del gobierno republicano a la sublevación militar, explicar sus posibles causas y reflexionar sobre sus consecuencias, entre las que, sin duda, cobra un lugar preferente la atención prestada al drama personal y colectivo que conlleva el desarraigo del emigrante y la añoranza por la patria perdida (Pagni 2011). Pionera en el relato de los acontecimientos, lo fue asimismo en la expresión de la creciente incertidumbre experimentada ante las consecuencias que para la emigración republicana de 1939 podrían tener los cambios geopolíticos acaecidos tras el desenlace de la II Guerra Mundial.

En el proceso de adaptación a la contingencia, María Teresa León intentó ofrecer a través de sus creaciones literarias unas pautas de actuación basadas en los valores éticos defendidos por la Segunda República española y contribuir con su planteamiento de la diferencia de género a “los discursos de alteridad, de definición del otro/a, en la formación de subjetividades individuales y colectivas o en su expresión como identidades”, en palabras de Mary Nash (2001: 24). Para ello convirtió en protagonistas de algunas de sus creaciones a figuras históricas que con el paso del tiempo se transformaron en mitos en el imaginario colectivo, en símbolos de los valores que propugnaron, ofreciendo así una ética política basada en la defensa de la justicia, la libertad, la verdad, la lealtad y la legitimidad y el respeto por la diversidad (Hartwig 2017). Pretendió en ellas “una fusión característica de valor (personal y cívico, moral y militar) y de sentido (justicia, verdad, fraternidad) que forma la base de la justificación moral en los intelectuales del bando republicano”, como bien señaló Paulino Ayuso (1999: 165). Conviene recordar que, aunque la mayor

parte de los mitos elegidos por la creación del exilio proceden de la tradición literaria greco-latina, también es posible encontrar figuras históricas que por sus “actuaciones memorables” y su caracterización con algunos de los rasgos que adornaron a los héroes y heroínas de la mitología clásica se han ido transformando en mitos en el imaginario colectivo (García Gual 2001: 12-13).²

Obras como *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, *Cervantes, Sueño y verdad de Francisco de Goya y Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* ponen de manifiesto el interés de la autora por unir ficción e historia (Nora 1989) en una sugerente “torsión hacia el pasado”, como la denominó Emilia de Zulueta (1999: 42), para transmitir a las generaciones venideras la legitimidad de las actuaciones y valores del gobierno republicano y la incertidumbre ante las contingencias a las que se enfrentaron.

En este ensayo voy a detenerme a analizar esta confluencia entre historia, mito y ficción literaria en dos de los textos mencionados, *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* y *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*.³ En el relato de las actuaciones de los protagonistas, su caracterización y la recreación del lenguaje de la época y de la vida cotidiana en sus aldeas y ciudades se percibe la importancia concedida por María Teresa León a la contribución de los textos literarios y de las leyendas a la transmisión de la Historia.⁴ No olvida, sin embargo, que las creaciones ficcionales pueden llegar a alejarse de la verosimilitud del relato histórico, aunque no por ello dejan de cumplir desde su perspectiva sus objetivos esenciales, una reflexión que aparece en los distintos fragmentos de los textos donde se aborda el papel de los juglares. Es uno de ellos, identificado como Pero Abad, autor del *Poema de Mío Cid*, quien en el último capítulo de *Doña Jimena* reivindica

² Como ya señaló Kirk (1974), no existe consenso a la hora de definir el mito, su morfología o su función social.

³ Sobre mito, historia y creación literaria en *Sueño y verdad de Francisco de Goya*, véase Vilches-de Frutos 2012, y en *Cervantes y El soldado que nos enseñó a hablar*, Vilches-de Frutos 2022.

⁴ Como explica en *Contra viento y marea* (1941): “Yo sé que han sucedido muchas cosas en la acelerada marcha de los acontecimientos; pero ahí quedan las que yo vi y en el momento en que las vi. No creo necesario explicar por qué se escribe la historia. Y es que no somos si no somos historia” (León 1941: 8).

su importancia en la manera en la que se traslada la Historia a la posteridad: “Hilo, hilvano, invento, repito, bordo, adorno, labro historias. ¿En qué patio de castillo, en qué plazuela, en qué escondido mercado de León, de Burgos o Toledo resonarían las hazañas y los nombres de los valientes si yo no los cantase?” (León 1960: 175).

2. LA REIVINDICACIÓN DE UN MITO: *RODRIGO DÍAZ DE VIVAR, EL CID CAMPEADOR* (1954)

Entre estas figuras que a lo largo de los siglos se han ido transformando en mitos en el imaginario colectivo se encuentra la del Cid, en cuya transmisión se funden desde los primeros textos históricos dedicados a Rodrigo Díaz de Vivar hasta sus recreaciones literarias posteriores, entre las que María Teresa León eligió el *Poema de Mío Cid*, los poemas del *Romancero* dedicados a ensalzarlo, y obras teatrales como *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, o *Le Cid*, de Pierre Corneille, sin olvidar su deuda con *La España del Cid*, de Ramón Menéndez Pidal, como apuntó en una “Aclaración” a la primera edición de la obra (León 1954: 203).

No debe sorprender la atención prestada por María Teresa León al Cid en *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, a quien el filólogo y académico Menéndez Pidal, casado con su tía María Goyri y con el que mantuvo una estrecha relación, dedicó libros como el *Cantar de mío Cid: texto, gramática y vocabulario* (1908-1911) y el ya citado, *La España del Cid* (1929). Si bien, como han constatado Azcue y Santa María, “la historiografía de la Segunda República había llevado ya a cabo una particular reapropiación de este mito histórico, al que había considerado, a raíz del famoso episodio de la Jura de Santa Gadea, como un modelo de defensor del pueblo” (2016: 90), conviene señalar también el propósito de la escritora de contrarrestar la utilización de este mito por la dictadura franquista, que lo convirtió en un símbolo de la vinculación del régimen con la España de la Reconquista y del Imperio y justificó así la ruptura que supuso su levantamiento frente a un gobierno elegido en las urnas.

Cuando se publica esta obra, en 1954, los exiliados españoles se enfrentaban a la incertidumbre generada por los cambios políticos en el tablero in-

ternacional y la posibilidad del reconocimiento internacional de la dictadura franquista, que conllevaría una previsible incidencia en sus relaciones con las sociedades de los países de acogida y el alejamiento del retorno a su patria. Había tenido lugar la convocatoria para celebrar una sesión de las Cortes españolas en México (el 10 de enero de 1945) por Diego Martínez Barrio, su presidente, y, pese a que España había sido excluida del European Recovery Program (1948), más conocido como el Plan Marshall, habían comenzado a llegar ayudas económicas norteamericanas al gobierno franquista dentro de su estrategia para evitar la propagación del comunismo. Además, con la incorporación de España a la Organización de las Naciones Unidas (el 14 de diciembre de 1955) pocos países siguieron reconociendo la legitimidad del gobierno republicano en el exilio. Por ello, sin alejarse de la imagen transmitida a través de la tradición histórica y literaria, en la línea de la exaltación homérica del valor y del sacrificio, recrea en esta obra ese tipo de heroísmo que representa la lucha por sobrevivir en condiciones difíciles y realiza un paralelismo entre las actuaciones del Cid y las de sus compañeros de éxodo al convertirlo en el símbolo de los valores éticos defendidos por los republicanos y en un modelo en el que verse reflejados.

Dividida en 21 capítulos, los límites del género biográfico son traspasados en favor de un relato presentado por un narrador omnisciente donde conviven los hechos históricos con detalles de la vida cotidiana de la época, esa intrahistoria que humaniza al mito y lo acerca al oyente/lector. Los acontecimientos se suceden con el ritmo de los tres actos de una obra dramática, con la exposición de los sucesos que desencadenaron el destierro, las actuaciones que sustentaron la creación del mito y el desenlace final, además de incluir numerosos diálogos entre los actantes. En los siete primeros capítulos se relatan algunos de los episodios que precedieron a su destierro: el conflicto de su padre, Diego Laínez, con el conde de Asturias, padre de Jimena, y la reparación de su honor a manos de Rodrigo; la reclamación de venganza de Jimena ante el monarca, solventada con el matrimonio entre ambos descendientes; las contiendas entre los herederos del rey Fernando, Sancho, Alfonso, García, Urraca y Elvira por los términos del testamento de su progenitor; la muerte del rey Sancho a manos de Vellido Dolfos en el cerco de Zamora, y la petición de Rodrigo al nuevo rey, Alfonso, de prestar juramento de no haber tenido parte en el asesinato de su hermano. En los

siete capítulos siguientes (8-14), se abordan los episodios que contribuyeron a la construcción del mito: su comportamiento heroico desde el inicio del destierro decretado por Alfonso tras despedirse de su familia, instalada en el Monasterio de San Pedro de Cardeña; el éxito en sus campañas contra los emires moros vasallos del rey Alcádir, de Valencia; el envío a Alfonso de regalos para propiciar su perdón; la reclusión de Jimena y sus hijos en Burgos debido a la acusación contra su marido por traición; y el asedio de la ciudad de Valencia. Comienza así la tercera parte, integrada por otros siete capítulos (15-21), en la que, ya señor de la ciudad levantina, manda a Álvaro Fáñez Minaya a buscar a Jimena con ricos presentes para su monarca. La narración se detiene en la descripción de su viaje, su llegada y el proceso de adaptación a las nuevas costumbres; la relación de las contiendas contra los almorávides enviados por el rey Yúsuf; la conmoción provocada por la muerte de su hijo Diego en el Castillo de Consuegra; y la afrenta de los infantes de Carrión a sus hijas en el robledal de Corpes. La obra finaliza con el relato de los últimos días de Rodrigo, las exequias por su muerte y el posterior abandono de Valencia, decretado por Alfonso cuando comprende que ninguno de los allegados del Cid podrá mantener la plaza.

La imagen de Rodrigo en este texto es la de un líder militar que desde joven da muestras de coraje y valentía en los combates, como al retar al conde que ha ofendido a su padre, un rival corpulento y "buen justador en el campo" (León 1954: 9). Su destreza en el manejo de las armas y su fortaleza de ánimo se hacen presentes en las sucesivas contiendas emprendidas, sin olvidar la demostración de su carisma, astucia y capacidad como estratega, cualidades que le permiten sobrevivir en el destierro y mantenerse como señor de las tierras conquistadas. María Teresa León relata su capacidad para atraer a "nuevos caballeros y peones" para su causa (León 1954: 100), el ardid con los prestamistas Raquel y Vidas, a quienes Martín Antolínez deja dos arcas llenas de tierra a cambio de un dinero que les permita sobrevivir, y el engaño al conde de Barcelona para hacerle creer que se va a retirar a lo largo de tres puntos distintos y dividir así sus tropas. Pero también la lectura de esta creación permite entrever el deseo de la escritora de incidir en otras facetas que vinculan al personaje con las circunstancias vividas y los valores defendidos por los republicanos: sus esfuerzos por mostrar su lealtad a pesar de la injusticia de su destierro; el mantenimiento de su honor y dignidad

frente a las adversidades; la incertidumbre ante la diversidad de costumbres con las que debe convivir y la posibilidad cada vez más lejana de retornar a su patria, y su espíritu integrador, una lealtad, dignidad, incertidumbre y tolerancia compartida por las personas que lo acompañaron.

En efecto, son numerosas las alusiones a la condición de desterrados de Rodrigo Díaz de Vivar y sus leales, los sentimientos de injusticia y desolación que los embargan, y las privaciones padecidas. Es en las palabras iniciales del capítulo décimo, titulado "El destierro injusto", donde se constata con nitidez la identificación del Cid con el éxodo de 1939: "Van los desterrados dejándose los ojos y el corazón entre las encinas y robles del camino. Parece que hasta las piedras le dicen: soy tu patria. Nada puede haber más triste para un hombre que este echarse a andar hacia lo desconocido" (León 1954: 89).

Sin embargo, María Teresa León reivindica la necesidad de mantener su dignidad frente a la contingencia, simbolizada en la importancia concedida por los desterrados del Cid a la conservación de su honor, como se aprecia en la inclusión en el capítulo noveno de las palabras de Rodrigo recogidas en el *Poema del Mío Cid*, donde alude a la injusticia del destierro y a la necesidad de regresar con dignidad: "Ánimo, Álvaro Fáñez, ánimo, de nuestras tierras nos echan, pero cargados de honra hemos de volver a ellas" (León 1954: 80).⁵ Son las mismas palabras que vuelven a ser utilizadas años después en *Doña Jimena Díaz de Vivar* en dos ocasiones: como intervención del Cid en diálogo con su primo (León 1960: 11) y como cita, al inicio del penúltimo capítulo (León 1960: 161).

Uno de los rasgos que mejor definen al personaje creado por María Teresa León es su lealtad hacia el monarca que lo ha enviado al destierro, una lealtad que se mantiene en todo momento y que simboliza el apego a la patria de los exiliados a pesar de la injusticia de la situación. Cuando algunos de sus allegados y Nuño Gustioz se pronuncian contra el soberano, Rodrigo exclama: "Calma sobrino, que cuando el rey nos llame acudiremos todos como buenos y leales vasallos y ninguno combatirá contra él" (León 1954: 82). Una lealtad que finalmente es recompensada cuando se produce el abandono de Valencia tras su muerte y Alfonso, consciente de la contribución de Rodrigo

⁵ En esta primera edición las mayúsculas no aparecen acentuadas.

a la fortaleza de su reino, le comenta a Jimena: “Prima y señora, un Campeador no se repite durante un reinado” (León 1954: 200).

Resulta de especial interés para el tema que nos ocupa la expresión de su incertidumbre ante la diversidad de costumbres y religiones con las que debe convivir en sus conquistas de las tierras, así como sus muestras constantes de un gran espíritu integrador. La condición de extranjera y exiliada de María Teresa León le lleva a recordar las oportunidades de conocer y apreciar otras culturas y de cultivar el respeto a las diferencias. Son los moros vencidos en combate, convertidos después en súbditos suyos, quienes utilizan por primera vez el término “Cid”, *señor* (León 1954: 35), en una clara alusión al peso de la rica cultura árabe en la construcción del proceso de identidad colectiva española, junto a la judía, algunos de cuyos miembros, como ocurriera con los islámicos, son objeto de elogios. Rodrigo se enorgullece de la amistad mantenida con el rey Mostáid de Zaragoza, y de su estrecha relación con Abén Galbón, señor de Molina, quien sale a agasajar a su esposa Jimena y a Álvar Fáñez en su viaje a Valencia. Una y otra vez se alude a su destreza para el cuidado de los campos y se llama la atención sobre la capacidad del Cid para integrar otras culturas en su proyecto —“Llega un momento en que la paz parece establecerse y moros y moras elogian su buen gobierno” (León 1954: 101)—, una actitud que mantendrá hasta el final, cuando en el sitio de Valencia conmine a sus caballeros a dar pan a los vencidos y dejarlos continuar con sus costumbres religiosas. En sus descripciones de las ciudades moras, que tienen en Valencia su máxima expresión, María Teresa León rinde tributo a la herencia de la civilización árabe, cuyas urbes son consideradas en muchos aspectos superiores a las cristianas: “Las ciudades moras de la península no tienen ese aire guerrero y sucio de las cristianas. [...] Las calles son ricas de comercios y los artesanos fabrican desde joyas de oro a cueros bien curtidos. El campo, cubierto de acequias, sube a la ciudad cuanto la tierra produce de exquisito y en las barcas marineras vienen los pescados de plata” (León 1954: 123).

Son numerosos los pasajes donde la escritora burgalesa opta por ofrecer la dimensión más humana del mito, por acercarlo a la tragedia del exilio, por visibilizar sus sentimientos de tristeza ante la injusticia sufrida y su nostalgia por su familia y sus tierras de origen. Es en el último capítulo de la obra donde más se ahonda en este sentimiento de soledad que acompaña al que debe

rehacer su vida en tierras lejanas por su condición de extranjero, aunque su personaje justifique su alejamiento por la bondad de sus acciones y el beneficio dado a su patria: “No sólo no hice mal, sino que por mí tuvieron bien todos los reinos cristianos” (León 1954: 196).

Aunque María Teresa León se detendrá a profundizar en la caracterización del personaje de Jimena en la obra que se analizará a continuación, conviene mencionar que ya en este texto comienza a perfilar a la protagonista como una nueva Penélope, que, desde antes de sus bodas, Rodrigo “sabe que junto a una rueca hilando le espera” (León 1954: 32). También la presenta así cuando, después de haber sido liberada de su reclusión en un castillo, vuelve al Monasterio de Cardeña y “levanta el huso caído y retorna a hilar mientras sus sueños siguen al Campeador, siempre tan lejos de sus brazos” (León 1954: 116).

3. *DOÑA JIMENA DÍAZ DE VIVAR, GRAN SEÑORA DE TODOS LOS DEBERES* (1960) Y LA VISIBILIZACIÓN DE LA MUJER

María Teresa León vuelve a establecer un paralelismo entre los protagonistas de la narración cidiana y los del destierro del exilio republicano de 1939 en *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, donde se observa con nitidez su interés por visibilizar el protagonismo de las mujeres en la Historia, denunciar la desigualdad existente en relación con los derechos y deberes de hombres y mujeres, y ofrecer modelos de actuación, un compromiso presente también en otras novelas, obras teatrales, cuentos, guiones radiofónicos y cinematográficos, ensayos y conferencias. En esta recreación de la vida de la esposa del Cid, una figura donde se aprecian los rasgos de la mítica Penélope de la tradición clásica (valentía, fortaleza, dignidad frente a la adversidad y lealtad hacia el ser amado) (Vilches-de Frutos 2003; Floeck 2005), se relatan los principales acontecimientos que protagonizó, pero también otros nuevos derivados del propósito de la escritora de mostrar las dificultades de su vida cotidiana, al sufrir ella también las consecuencias del destierro, su incertidumbre ante el desarraigo y un paulatino empoderamiento, asociado al nuevo paradigma identitario femenino defendido por el feminismo de la época (Mangini 1997; Vorburg 2005; Nieva-de

la Paz 2009b) y transmitido también en las recreaciones de otras escritoras coetáneas de figuras míticas transgresoras como Antígona, Casandra, Circe o Fedra (Nieva-de la Paz 1997; García-Manso 2013), en una revalorización contestataria que expone la injusticia del sistema patriarcal para con la mujer (Zaza 2006: 11). Como ha apuntado Nieva-de la Paz sobre la manera en la que los mitos reflejan los cambios en los paradigmas de género: “La construcción mítica, simbólica y alegórica [...] de sus obras permite reconocer el imaginario colectivo en relación con los roles de género y sus crecientes transformaciones” (2020: 10).

Estructurada en diez capítulos de diferente extensión que incluyen, como en la obra anterior, numerosos diálogos, narra a través de una voz omnisciente la vida de Jimena Díaz de Vivar desde su instalación en el Monasterio de San Pedro de Cardeña antes del destierro de su esposo hasta su regreso al mismo recinto después de abandonar la ciudad de Valencia tras la muerte del Cid. Se describe en ella la manera en la que transcurre su vida en el citado monasterio, un relato que deja paso con frecuencia al recuerdo de los hechos que precedieron al destierro. Se ofrece en estos primeros capítulos un mayor protagonismo a Álvar Fáñez, quien la visita en dos ocasiones con regalos y narraciones sobre el éxito en las distintas batallas, y la acompaña en su viaje a Valencia, una relación donde se incide en la atracción y deseo surgidos entre ambos. Además de la expresión de la soledad, nostalgia e incertidumbre de Jimena, María Teresa León opta por visibilizar las privaciones y pérdida de libertad que implicaron su encadenamiento y su encarcelamiento en un castillo de Burgos por órdenes de su tío, el rey Alfonso. Tras hacer hincapié en su soledad tras los años transcurridos desde la marcha del Cid y en la manera en la que se desenvuelve la vida del monasterio y de las aldeas colindantes, llega por fin el momento de iniciar su viaje a Valencia y del ansiado reencuentro con Rodrigo. A partir de aquí, la narración aborda sus vivencias y pensamientos en la ciudad levantina, con descripciones pormenorizadas de sus paisajes y costumbres, y referencias a las constantes incursiones de las huestes almorávides para reconquistarla. El paso de los años, el alejamiento de sus hijas tras sus segundas bodas y el conocimiento de la muerte de su hijo en el cerco de Consuegra permiten profundizar en la humanización de Rodrigo y Jimena, y los sentimientos de desarraigo que les embargan antes de producirse la muerte del primero. Las palabras del Cid a Álvar Fáñez ya mencionadas

sobre la necesidad de mantener el honor hasta su regreso del destierro, con las que se inicia el capítulo octavo, dan paso a la narración de cómo Jimena asume la gobernanza de las tierras, una permanencia que dura poco tiempo ante los avances de los almorávides, cuando acata la orden de abandonar la ciudad y trasladarse de nuevo al Monasterio de San Pedro de Cardeña. Sus dos capítulos finales relatan sus últimos días allí y su imaginario encuentro con el juglar Pero Abad, quien reivindica su capacidad para crear historia a partir de la ficción.

Historia y ficción se entremezclan para convertir a Jimena en un icono y ofrecen un bello mosaico donde adquiere un protagonismo indiscutible la rica recreación del lenguaje y de las costumbres de la vida cotidiana de la época medieval: el ajuar de las casas y las vestimentas de sus habitantes, sus hábitos culinarios, la celebración de justas y banquetes para distraerse, los pasajes dedicados a reflejar aspectos de la vida de Castilla como la llegada de los pastores con los rebaños de ovejas después de la trashumancia, o los preparativos de las telas y lanas para hilar y tejer, el cuidado de los animales y tierras, sus prácticas religiosas, las relaciones entre la nobleza y el pueblo llano... Esta atención concedida a la intrahistoria que permite configurar una época se complementa con la esporádica presencia de fragmentos de documentos y crónicas con los que refuerza su “historicidad”: la reproducción de la carta enviada por el Cid al cadí en 1092, cuando le reprocha haber traicionado a su soberano (León 1954: 126), la inclusión de fragmentos de la crónica realizada por el emir de los musulimes, Ben Tair, sobre la restauración de Valencia a manos de los almorávides (León 1960: 171), o la referencias a fechas históricas concretas, como la rendición de Valencia el 15 de agosto de 1093 (León 1954: 130) y la muerte del Cid, acaecida el 10 de julio de 1099 (León 1954: 198; León 1960: 160). Como bien señaló Mainer al recordar las circunstancias de su escritura, en la Quinta del Mayor Loca, junto al Paraná: “En ese ámbito, tan lejano y distinto del español [...], la misma nostalgia le devolvió su pasado castellano, las viejas leyendas que eran casi patrimonio familiar y hasta la vivaz impresión del paisaje” (1993: 17).

María Teresa León vuelve en *Doña Jimena Díaz de Vivar* a desarrollar la misma estrategia que en *Rodrigo Díaz de Vivar*: apuntar el paralelismo entre los dos destierros, el sufrido por el Cid y sus seguidores y el emprendido por el exilio republicano de 1939, con referencias al dolor experimentado por el

abandono de su tierra contra su voluntad y la injusticia sufrida, un lamento por este desarraigo que se hará presente en estas duras palabras con las que finaliza el capítulo primero, poco antes de iniciarse la marcha del Cid: “¡Ay, pena amarga de los desterrados que no pueden regresar por ninguna cosa que se les olvidó! ¡Nuestro Cid llorando por ese bien de todos los días y esa costumbre que se llama patria! ¡Adiós, pequeño río de Ubierna, clamorosa fuente del patio, sembraduras del padre, terrones del abuelo, cenizas de los antepasados fundadores de Castilla!” (León 1960: 25).

Volverá a apreciarse en el rechazo de Jimena a las palabras de un fraile sobre la necesidad de acomodarse a la contingencia: “¿Qué importa que no estés en tu patria? Tu patria es la tierra en que has encontrado bienestar y la causa del bienestar no radica en el lugar sino en el corazón del hombre [...] Mentís, ¿quién será capaz de traicionar el regazo de su madre?” (León 1960: 30). Una idea en la que redundará cuando Rodrigo inicie el destierro: “Le dolía España que él llevaba, sin saberlo, en sus venas de Castilla. Así dolerá siempre el corazón a los que de ella salgan proscritos y tristes, echados de sí” (León 1960: 31).

Tanto en el relato de su reclusión en el monasterio durante más de dos décadas, alejada del bienestar que le había rodeado hasta entonces, como en la plasmación de la diversidad de paisajes y costumbres a los que debe adaptarse tras su llegada a Valencia, es patente la intención de María Teresa León de visibilizar las consecuencias del exilio en las mujeres, protagonistas ellas mismas o, en muchos casos, víctimas de las privaciones y represalias derivadas del éxodo de sus seres queridos. Presenta así a Jimena como una desterrada más, un destino que comparte con las mujeres de su séquito y con los que acompañaron al Cid, como se manifiesta cuando reflexiona sobre el paso del tiempo, recluida en el recinto del monasterio: “[...] se siente proscrita ella también, desterrada. Sola y sin amigos y sin esperanza junto a la fuente, manando bien ajena” (León 1960: 44). Se erige así en “el arquetipo de las mujeres alejadas de su marido o compañero por la guerra o circunstancias políticas, en especial por el exilio consecutivo a la Guerra Civil española” (Marrast 1990: 85).

Sin embargo, junto a la exposición de las incertidumbres experimentadas ante el desarraigo, María Teresa León plantea también la necesidad de integrar los cambios para poder sobrevivir en los distintos espacios, “nuevas razones de existir” (León 1960: 127), aunque la ausencia de expectativas de

un pronto regreso, tras largos años de exilio, la llevan a compartir su temor a no poder regresar a su tierra, lo que se percibe implícitamente al final de la narración, cuando, al velar a Rodrigo, Jimena constata que el héroe no regresará ya a Castilla: “No regresaste a Castilla la gentil, ya todo lo soñado queda desunido y roto” (León 1960: 157).

Si Rodrigo representa el paradigma masculino, María Teresa León convierte a su esposa en el femenino, inspirándose para ello en Penélope, con la que comparte lealtad durante la espera y fortaleza ante la adversidad, a pesar de la soledad que comporta, una identificación simbolizada en las distintas alusiones en el texto a su vida tejiendo y cosiendo (León 1960: 28). Pero, como ha apuntado Plaza-Agudo, en la recreación del “ideal que encarnaría Penélope, obligada a permanecer en el hogar y a mantener una continuidad” nos encontramos ante un mito que permite “a los autores y autoras plantear interesantes reflexiones no solo sobre los roles que la sociedad asigna a uno y otro sexo, sino también sobre las limitaciones que el sistema de género tradicional impone al desarrollo en libertad de las identidades de mujeres y hombres” (2010: 334).

Sin duda son su lealtad, valentía y fortaleza frente a la adversidad los rasgos que mejor definen a la Jimena de María Teresa León, una caracterización que comparte con la reina de Ítaca, y con las esposas de los héroes, como se percibe ya desde el inicio de la narración: “Jimena contempla aquello con el corazón anudado. [...] ¡Qué distinto es este irse sin vuelta! Antes, Jimena se quedaba inmóvil, sin llorar, pues no le son permitidas flaquezas a las mujeres de los héroes, pero hoy, es hoy... [...] Nada me importan las necesidades que dicen las gentes leonesas llamándome mendiga y sin apoyo, flor marchita. Ya floreceré” (León 1960: 21 y 28).

Es esta lealtad la que la conduce a rechazar en un primer momento otras obligaciones distintas a las derivadas de su condición de esposa, a pesar de su linaje y patrimonio. Cuando sus hermanos, Fernando y Rodrigo, la instan a acudir a Oviedo para pleitear por ciertos daños a su hacienda, rechaza el viaje para no abandonar el lugar donde su esposo la dejó: “¿No ha prometido aguardar quieta y en calma? Pues así, quieta quedará y todo dentro de sí como lo dejó el Campeador. No es decente para una mujer honrada que el marido al volver encuentre los pensamientos de su esposa cambiados de lugar como hacen los volubles pájaros” (León 1960: 32-33).

Sin embargo, en el relato de una exiliada, María Teresa León, sobre otra desterrada, Jimena Díaz de Vivar, se insiste en la soledad y el desaliento que ambas comparten, una soledad que no abandona a Jimena ni siquiera en el ulterior encuentro con Rodrigo, transcurridas más de dos décadas después de su separación tras constatar sus constantes ausencias por nuevas contiendas y la incomunicación existente entre ambos, que, como ha explicado Sierra Infante, “tiene sus raíces en las dos esferas que, en términos genéricos, ocupan hombres y mujeres, a saber, la pública y la privada”, pero quizás también que “tras un largo exilio [...] el entendimiento con todo lo que se dejó atrás ya no es posible, que los puentes para el diálogo resultan cada vez más complicados” (2011: 1119). Por eso, junto a su tesón por seguir adelante, el relato se detiene en la constatación de su amargura: “¿Se siente tan sola! [...] ¿No bastará a su desazón la tristeza agobiante de las ausencias? ¿Es que queréis arrebatarse a Jimena su tesón de vivir llevando en sus palmas fuertes la melancolía de la soledad?” (León 1960: 149).

Si bien María Teresa León explora en este texto un eje sociocultural y político que define la condición genérica de las mujeres en sociedades patriarcales, la conyugalidad (Lagarde 2014), y se detiene a reflejar la relación de dependencia emocional y material de las mujeres en su relación matrimonial, va paulatinamente empoderando al personaje, hasta convertirlo también en un “símbolo de la libertad” (López Estrada 1983: 48). De ahí que la adorne con rasgos no asociados a la condición de las mujeres durante el período, al mostrar su valentía y el coraje en circunstancias adversas, y, a pesar de la lealtad sostenida a lo largo de toda su vida, critique la conducta de su marido al haber tolerado su cautiverio o desaprobe la violencia ejercida por este en ocasiones (León 1960: 130-131). El propio Rodrigo constata esa divergencia de las pautas sociales cuando Jimena le expresa su ausencia de temor ante la próxima batalla: “[...] Jimena, pero dirán de ti que una mujer honrada debe sentir pavor. ¿Ni siquiera los atambores te hacen flaquear?” (León 1960: 109). Este empoderamiento se percibe ya desde el comienzo del texto cuando se la ve impartir órdenes en el monasterio y se alude a su capacidad para el cuidado de la hacienda de su esposo. Ya en la ciudad levantina, a pesar de las expectativas de los que la rodean por su condición de mujer, asumirá su mando cuando, muerto Rodrigo y ante el movimiento de avance de los almorávides, recuerde al obispo don Jerónimo que la vida sigue y tiene dere-

cho a la gobernanza de esa ciudad, un derecho reconocido por muchos de los presentes, como reflejan las siguientes palabras:

Jimena aumenta su alta talla, aunque aún esté en el primer peldaño del mando; todos presienten que es la mayorala a quien habrán de rendir vasallaje. [...] Nadie se atrevió a negar a Jimena su derecho al mando. Muchos caballeros le besaron la diestra en vasallaje y otros volvieron junto a Alfonso. [...] Ahora sí que va a ser la infanzona de casa real, la hidalga ricahembra y cuando se sienta lo hace en el sitio del Cid, porque el otro que le avecinaba lo ha mandado guardar (León 1960: 157 y 162).

Detrás de esta configuración contemporánea del mito, donde se vislumbra la identificación de María Teresa León con el personaje (Torres Nebrera 1996), se aprecia su interés por visibilizar la figura de una mujer que representa asimismo la capacidad del ser humano para sobrevivir a la adversidad, a pesar de que solo haya sido recordada por su relación conyugal.⁶ En el subtítulo de la obra, “Gran señora de todos los deberes”, la escritora alude a ese carácter ejemplarizante de su conducta en la esfera privada, un comportamiento que pretende ser el norte para otras personas, como lo fuera el del Cid, como se desprende de sus palabras poco antes de despedirse de él en Cardaña: “Yo sabré sobrecargarme de deberes mientras tú batallas, pues si a ti te llaman Campeador, justo es que yo lidie también a todas horas las batallas que la paciencia gana a la esperanza” (León 1960: 18). Se vislumbra así un proceso semejante al que realizaría María Zambrano en *La tumba de Antígona*, donde, como ha señalado Ana Bundgard, “los personajes tendrían una función bien delimitada respecto a la dimensión histórica e intrahistórica en las que se desenvuelve la acción. Las figuras masculinas actúan en el ámbito de la realidad histórica, mientras que las figuras femeninas contribuyen a la genealogía del conflicto español desde el nivel esencial y profundo de los sentimientos” (2000: 301).

⁶ “¿Qué rara fragancia hubo en esta melancolía de sobrevivir! Bien sabedes que ya non puedo más... La gran señora es una viejecita entornada, que no dejará su imagen en ningún lado ni siquiera sobre el fondo de azul de una estampa. Cuando se desvanezca sólo brillará su nombre” (León 1960: 174).

De ahí que el relato de los episodios más significativos de su trayectoria vital se alterne con fragmentos dedicados a describir la vida cotidiana de las mujeres y reflexiones sobre la manera en la que la contingencia les afectó, bien como compañeras de los que iniciaron el destierro a tierras lejanas, bien como protagonistas ellas mismas de ese alejamiento de sus raíces y de esa incertidumbre originada por la diversidad de costumbres, paisajes y religión. La actitud crítica de María Teresa León hacia la situación de desigualdad de las mujeres está presente a lo largo de todo el relato, con referencias muy concretas a su carencia de educación, incluso entre las mujeres nobles (León 1960: 41); su supeditación a los intereses familiares y asuntos de Estado,⁷ como en los matrimonios de sus hijas (León 1960: 121-122); y su objetualización al ser consideradas como botín de guerra (León 1960: 94) o poder ser violadas por los caballeros (León 1960: 101). La soledad de sus existencias (León 1960: 91) solo es aliviada por la cercanía de sus hijos (León 1960: 46)⁸, un destino del que Jimena es consciente, en su diálogo con su dueña, Adosinda, cuando está a punto de reencontrarse con Rodrigo: "Años de soledad, vida de mujer" (León 1992: 132).

En la identificación del personaje de Jimena con otras mujeres —y con ella misma—, María Teresa León da rienda suelta a los temores y deseos que el paso de los años provoca en ellas debido a su socialización en los parámetros de dependencia material y emocional, la asociación de la belleza a la juventud y la práctica de una fidelidad no exigida a los hombres, como en el relato de la toma de Alcocer por Minaya, cuando las mujeres le preguntan por el reparto de las moriscas (León 1960: 50), o en el reencuentro entre Rodrigo y Jimena, cuando se hace alusión a la relación de Rodrigo con una morisca (León 1960: 102). Esta desigualdad se ve acrecentada por la consciencia de las pulsiones sexuales, reconocidas tanto en sus doncellas como

⁷ Así justifica el rey el matrimonio de Jimena y Rodrigo: "Uniéndose a ti, volverá tu casa a tener un caballero igual que el que te quitó, pues ya que por él te encuentras sin amparo, justo es que por él tengas amparo en lo sucesivo" (León 1954: 28).

⁸ La importancia de la maternidad en la identidad de la mujer se muestra asimismo cuando, conocedora de la existencia de la joven leonesa prisionera de su hijo, decide visitarla y ver si ha quedado embarazada: "No llevará algo mío en su vientre", indaga Jimena, que para eso ha venido" (León 1960: 150).

en ella misma al encontrarse con Minaya,⁹ un deseo rechazado finalmente (León 1960: 97).

Como se ha podido apreciar, ante el reto de adaptarse a la diversidad de tradiciones políticas, sociales y de género de los países donde residió tras el final de la Guerra Civil española, la complejidad de las situaciones derivadas de su condición de exiliada y extranjera y la incertidumbre generada por la evolución de la política mundial que impedía vislumbrar un horizonte claro de regreso a su país, María Teresa León reflexionó sobre el drama personal y colectivo que conlleva el desarraigo del emigrante y la añoranza por la patria perdida, pero también intentó ofrecer unas pautas de actuación basadas en los valores éticos defendidos por la Segunda República y contribuir con su planteamiento de la diferencia de género a una sociedad más igualitaria. En este proceso de adaptación a la contingencia, la escritora convirtió en protagonistas de algunas de sus creaciones a figuras históricas como Rodrigo y Jimena, que con el paso del tiempo se transformaron en mitos en el imaginario colectivo, en símbolos de los valores que propugnaron, ofreciendo así una ética política basada en la defensa de la justicia, la libertad, la verdad, la lealtad, la legitimidad y el respeto por la diversidad; unos valores que encuentran expresión en la recurrencia al mito.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1990): *Homenaje a M^a Teresa León*, Madrid: Universidad Complutense/ Cursos de Verano de El Escorial.
- AZCUE, Verónica/SANTAMARÍA, M^a Teresa (2016): *Mito y tradición en el teatro del exilio republicano de 1939*, Sevilla: Renacimiento.
- AZNAR SOLER, Manuel (ed.) (1999): *El exilio teatral republicano de 1939*, Sant Cugat del Vallés: GEXEL/Coop D'Idees.
- AZNAR SOLER, Manuel/LÓPEZ-GARCÍA, José Ramón (eds.) (2011): *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, Sevilla: Renacimiento.

⁹ "Creí ver a los diestros cazadores nocturnos... No se enojó. Hubiera deseado ser una de sus doncellas y llevar en sus manos el pretexto de un cantarillo para ir a buscar agua de luna a la fuente, hubiera... Se clavó las uñas. El guerrero del Cid se iba ribeteando de luz" (León 1960: 90-91).

- BECERRA, Carmen (ed.) (2010): *Miradas sobre Gonzalo Torrente Ballester en su centenario (1910-2010)*, Vigo: Academia del Hispanismo.
- BUNDGARD, Ana (2000): *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta.
- FLOECK, Wilfried (2005): "Mito e identidad femenina. Los cambios en la imagen de Penélope en el teatro español del siglo xx", en: Vilches-de Frutos 2005: 53-64.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2001): *Mitos, viajes, héroes*, Madrid: Suma de Letras (1ª ed. 1981).
- García-Manso, María Luisa (2013): *Género, identidad y drama histórico escrito por mujeres en España (1975-2010)*, Oviedo: KRK.
- HARTWIG, Susanne (ed.) (2017): *Ser y deber ser. Dilemas morales y conflictos éticos del siglo xx vistos a través de la ficción*, Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- HARTWIG, Susanne/PÖRTL, Klaus (eds.) (2003): *Identidad en el teatro contemporáneo español e iberoamericano*, Frankfurt am Main: Valentia.
- KIRK, Geoffrey Stephen (1974): *The Nature of Greek Myths*, London: Pelican Books.
- LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela (2014): *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Madrid: Siglo XXI.
- LEÓN, María Teresa (1941): *Contra viento y marea*, Buenos Aires: Aiape.
- (1954): *Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, Buenos Aires: Peuser.
- (1960): *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, Buenos Aires: Losada.
- (1969): *Cervantes*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1978): *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, Buenos Aires: Altalena (reedición en Madrid: Altalena, 1985).
- (1993): *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- (2003): *Teatro. La libertad en el tejado. Sueño y verdad de Francisco de Goya*, Ed. Manuel Aznar Soler, Sevilla: Renacimiento.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1983): "El drama de Antonio Gala sobre la Jimena del Cid", en: *Pliques de Cordel*, II, Roma: Instituto Español de Cultura: 31-49.
- MAINER, José-Carlos (1993): "María Teresa y Jimena Díaz, mujeres del 27", en: León 1993: 7-26.
- MANGINI, Shirley (1997): *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la Guerra Civil española*, Barcelona: Península.
- MARRAST, Robert (1990): "La obra del exilio de María Teresa León: novela y autobiografía", en: AA.VV. 1990: 75-87.

- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1908-1911): *Cantar de mio Cid: texto, gramática y vocabulario*, Madrid: Bailly-Baillière e hijos.
- (1929). *La España del Cid*, Madrid: Plutarco.
- NASH, Mary (2001): "Diversidad, multiculturalismos e identidades: perspectivas de género", en: Nash/Marre 2001: 21-47.
- NASH, Mary/MARRE, Diana (eds.) (2001): *Multiculturalismos y género. Perspectivas interdisciplinarias*, Barcelona: Bellaterra.
- NIEVA-DE LA PAZ, Pilar (1997): "Mito e historia: Tres dramas de escritoras españolas en el exilio", en: *Hispanística XX* 15: 123-131.
- (ed.) (2009): *Roles de género y cambio social en la literatura española del siglo xx*, Amsterdam/NewYork: Rodopi.
- (2009b): "La evolución de los roles de género en las representaciones literarias: un camino abierto hacia el cambio social", en: Nieva-de la Paz 2009: 9-20.
- (2020): "Autoría femenina, modelos de mujer y perspectivas ético-políticas en el teatro del exilio de 1939", en: *Estreno* 46.1: 1-11.
- NORA, Pierre (1989): "Between Memory and History: *Les lieux de Mémoire*", en: *Representations* 26 (Primavera): 7-24.
- PAGNI, Andrea (2011): *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/Frankfurt am Main/Ciudad de México: Iberoamericana/Vervuert/Bonilla Artigas.
- PAULINO, José (1999): "España: historia y mito. Dos perspectivas dramáticas del exilio", en: Aznar Soler 1999: 165-177.
- PLAZA-AGUDO, Inmaculada (2010): "Mitos e identidad femenina en el teatro de Gonzalo Torrente Ballester: *El retorno de Ulises* (1946)", en: Becerra 2010: 333-347.
- SERRANO MIGALLÓN, Fernando (2010): *La inteligencia peregrina: el legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SIERRA INFANTE, Sonia (2011): "Exilio y mujer en *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* de María Teresa León", en: Aznar Soler/López-García 2011: 1113-1119.
- TORRES NEBRERA, Gregorio (1996): *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, Madrid: Ediciones de la Torre.
- VILCHES-DE FRUTOS, Francisca (2003): "Identidad y mito en el teatro español contemporáneo", en: Hartwig/Pörtl 2003: 1-15.
- (ed.) (2005): *Mitos e identidades en el teatro español del siglo xx*, Amsterdam/New York: Rodopi.

- (2012): “El exilio a través de los mitos: *Sueño y verdad de Francisco de Goya*, de María Teresa León”, en: *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 37.2: 455-477.
- (2022): “Historia, mito y ficción: la ruta cervantina de María Teresa León durante su exilio”, en: *Anales de Literatura Hispanoamericana* (en prensa).
- VOSBURG, Nancy (2005): “El tapiz de una vida feminista: María Teresa León (1903-1988)”, en: Wollendorf 2005: 241-256.
- WOLLENDORF, Lisa (ed.) (2005): *Literatura y feminismo en España (ss. XV-XXI)*, Barcelona: Icaria.
- ZAZA, Wendy-Llyn (2007): *Mujer, historia y sociedad: la dramaturgia española contemporánea de autoría femenina*, Kassel: Reichenberger.
- ZULUETA, Emilia de (1999): *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Atril.